
LA RECEPCIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA FRANCESA EN AMÉRICA LATINA. 1870 - 1968*

Carlos Antonio Aguirre Rojas **

"...estamos convencidos de que por mucho tiempo, sabremos cien veces mejor la historia de Francia, que los franceses la historia de México..."

Justo SIERRA, Artículo publicado en el periódico El Mundo, 21 de mayo de 1899.

DE NATURALEZAS E INFLUENCIAS DIVERSAS

A bordar el complejo problema de las influencias, la presencia y la recepción de una cierta historiografía — en este caso la francesa— dentro de un universo *distinto* que es el de las ciencias sociales y también la historiografía de *otra* zona del planeta —en este caso de América Latina— implica necesariamente preguntar-

se primero, tanto respecto de la relación singular que existe entre los dos 'medios culturales' que aquí se interconectan, entre el medio que produce las influencias que se estudian, y el medio que 'recibe', asimila e incorpora dicha influencia, como respecto del propio carácter y naturaleza mas general de ambos medios considerados¹.

Al mismo tiempo, y en esta misma línea de consideración, resulta interesante jugar, sistemáticamente y como un elemen-

* Ponencia presentada en el Workshop "Science and the Historical Discipline in a Transcultural Perspective" organizado por el *German Historical Institute* en la ciudad de Washington, el 4 y 5 de octubre de 1997.

** Investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

1 Lo que nos lleva a todo el debate recientemente planteado por las posiciones que reivindican, para el análisis de estos problemas de las relaciones y las transferencias interculturales, nuevas perspectivas. Al respecto cfr. por ejemplo el libro coordinado por Susanne KLENGEL, *Contextos, historias y transferencias en los estudios latinoamericanistas europeos*, Editorial Vervuert, Frankfurt, 1997.

to más de la explicación general, con la aplicación de la *comparación permanente* entre los dos medios involucrados, comparación que al reconstruir, en este caso singular, las curvas de desarrollo tanto de la historiografía francesa, como de la historiografía latinoamericana de los años 1870-1968, nos permitirá establecer con mas claridad sus respectivas periodizaciones y los distintos grados de desarrollo de sus diferentes elementos componentes².

Entonces, si comenzamos por observar a la historiografía latinoamericana de este período, podremos fácilmente comprobar que, como toda historiografía, ella expresa en el plano cultural, de manera mediada y compleja la propia civilización latinoamericana. Y esta última es, como afirma Fernand Braudel, una suerte de "Europa fuera de Europa", es decir una civilización profundamente *mestiza* que incluye entre sus matrices originarias constitutivas a la propia civilización europea³. Y dado que la civilización latinoamericana se encuentra, desde hace cinco siglos, profundamente integrada a la dinámica del mundo occidental, de la que ella forma parte de manera integral, entonces la historiografía latinoamericana se ha constituido, desde su propio origen, como un claro sector particular de la propia historiografía occidental.

Y si la civilización latinoamericana forma parte de la civilización occidental, esto quiere decir que comparte con ésta última los *mismos códigos culturales*, estableciendo así la plataforma real que hace posible que la historia y la cultura latinoamericanas, sean en general altamente receptivas a las princi-

pales conquistas y a los principales desarrollos de la cultura y la historia occidentales, con los que tienen una relación que, a diferencia de otras historiografías como la china, la japonesa, la musulmana, etc., *no* está marcada por la oposición, la resistencia, el conflicto y la dificultad de comunicación, sino por el contrario, por una fluida interconexión y por un acercamiento recíproco⁴.

E igualmente, y por estas mismas razones, la historiografía latinoamericana reproduce, en líneas generales, la misma periodización y cambios similares a los que caracterizan a la historiografía europea de los últimos dos siglos. Es decir, que sus curvas de desarrollo corren prácticamente paralelas, reproduciendo las mismas coyunturas generales y viéndose impactadas por los mismos acontecimientos principales, para desplegar, finalmente, tendencias evolutivas estructurales similares y siempre cercanas entre si.

Sin embargo, aunque América Latina forma parte del mundo occidental, lo hace en una condición *periférica*, que se ha reproducido también durante medio milenio. Y ello ha implicado el desarrollo de un cierto atraso económico y social, y una mayor escasez de recursos, que a su vez se ha reflejado también en el cumplimiento mas tardío o en el desarrollo mas lento de ciertas tareas o empresas institucionales, directamente conectadas con el ámbito de la actividad cultural.

A partir de esta situación, la historiografía latinoamericana ha conocido ciertos desfases, respecto a sus homólogas europeas: por ejemplo, el vasto movimiento de

2 Como lo ha explicado claramente Marc Bloch. Cfr. del mismo Marc BLOCH, los artículos "Comparison" y también "Pour une histoire comparée des sociétés européennes" ambos en el libro *Histoire et Historiens*, Editorial Armand Colin, Paris, 1995.

3 Para esta tesis, cfr. Fernand BRAUDEL, *Grammaire des civilisations*, Editorial Arthaud-Flammarion, Paris, 1987, pp. 455 - 486.

4 Lo que explica por ejemplo, que los mismos 'ethos' europeos se reproduzcan, con sus peculiaridades, en América Latina. Sobre este punto cfr. Bolívar ECHEVERRÍA, "La actitud barroca en el discurso filosófico moderno", en revista *Teoría. Revista de Filosofía*, año 1, núm. 1, julio de 1993 y también el libro coordinado por el mismo autor, *Modernidad, Mestizaje cultural, Ethos Barroco*, Coedición UNAM/El Equilibrista, México, 1994.

recuperación, organización, clasificación y puesta a punto de los distintos archivos históricos, que en Europa se cumple en el siglo XIX, solo habrá de desarrollarse en América Latina durante el siglo XX. O también el proceso de profesionalización de la disciplina histórica —que implica la fundación oficial de cátedras universitarias, la apertura de Escuelas de Historia, la organización de bibliotecas y de secciones de bibliotecas especialmente dedicadas a este campo, el nacimiento de revistas de historia y de Asociaciones profesionales de historiadores, etc.— que también se cumple en Latinoamérica solo durante esta última centuria y con 30, 50 o 70 años de diferencia respecto a los equivalentes procesos europeos⁵. Y así, si ciertos procesos de innovación intelectual o algunas nuevas perspectivas historiográficas, se asimilan en América Latina casi inmediatamente, estos procesos de tipo institucional tardan a veces lustros y décadas para poder ser implementados y desarrollados adecuadamente dentro de estos mismos países latinoamericanos.

Pero si el surgimiento más *tardío* de la civilización latinoamericana respecto de su homóloga europea, es una de las fuentes de esa condición periférica, y por tanto del atraso relativo en términos del desarrollo institucional mencionado, también dicho nacimiento más tardío es el origen del hecho de que la civilización de América Latina es actualmente la civilización más *joven* de entre todas las que hoy existen en el planeta. Y por lo tanto, una civilización que se ha visto obligada a marchar mucho más rápido que

todas las otras: aquí, las etapas históricas se cumplen de manera 'abreviada', mientras los procesos de incorporación de ciertos fenómenos se acortan, necesariamente. Y entonces el capitalismo, que en Europa tardó cinco siglos para implantarse, aquí se improvisa y estructura en solo un siglo y medio, incorporando en lapsos solo de lustros o décadas al sistema bancario, a los ferrocarriles, a la urbanización o a la Revolución Industrial que en Europa implicaron varios siglos.

Y puesto que aquí, también la modernización cultural se cumple a marchas forzadas, entonces la historiografía latinoamericana asimila más rápida y ágilmente todo el legado de otras historiografías. Entonces, mientras que a la historiografía francesa le ha costado más de veinte años comenzar a reconocer la contribución de la microhistoria italiana⁶, y a los historiadores alemanes les ha tomado cuatro décadas el acercarse más sistemáticamente a los aportes de la corriente francesa de los *Annales*⁷, la historiografía latinoamericana ha recibido en cambio, más fácil y aceleradamente, esas contribuciones venidas de todos los rincones de la 'pequeña Europa'.

Entonces, si en los artículos de los historiadores británicos o norteamericanos, se incluyen siempre un promedio de 90 o 95% de referencias bibliográficas y de citas de textos solo en inglés, los historiadores latinoamericanos citan en cambio, con toda libertad y agilidad, lo mismo a Norbert Elías que a Carlo Ginzburg, a Bernard Lepetit o

-
- 5 Para un desarrollo más amplio de este punto cfr. Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, "Metier d'Historien et l'Amérique Latine. Assimilation et retentissement d'un texte majeur", en la revista *Cahiers Marc Bloch* núm. 5, París, 1997.
 - 6 Respecto de este reconocimiento más bien reciente, cfr. el libro de Jacques REVEL, *Jeux d'ecelles. La micro-analyse à l'expérience*, Coedición Gallimard/Le Seuil/EHESS, París, 1996. Y es curioso que en este libro se trata de la recuperación de solo *una parte* de esa corriente de la microhistoria, pues no es una casualidad que el nombre de Carlo Ginzburg, así como sus aportes, no son mencionados en todo el libro, más que dos o tres veces, literalmente y siempre de manera más bien marginal.
 - 7 Sobre esta recuperación alemana de los aportes de *Annales* cfr. el libro coordinado por Matthias MIDDELL y Steffen SAMMLER *Alles Gewordene hat Geschichte. Die Schule der ANNALES in ihren Texten*, Editorial Reclam Verlag Leipzig, Leipzig, 1994.

a Immanuel Wallerstein, a Edward P. Thompson y a Manfred Kossok, igual que a Mijail Batjin o a Walter Benjamin, testimoniando con ello el hecho de que en América Latina se ha asimilado y procesado, muy pronto y muy rápido, lo mismo a los distintos proyectos de los sucesivos Anales que a los varios y múltiples marxismos, a la microhistoria italiana y al positivismo, a la historia socialista británica y a la antropología histórica rusa, igual que a la Escuela de Frankfurt o a la historia radical norteamericana⁸. Además, si la asimilación de los aportes 'externos' es más rápida y sin problemas, también es más *cosmopolita*, plural, múltiple y abierta al diálogo y al intercambio con el otro.

Pues la civilización latinoamericana es también, tal vez, la más *mestiza* del planeta, al haberse constituido como fruto de sucesivos y constantes mestizajes, tanto biológicos como culturales, de los distintos componentes europeos —desde los principales, el español y el portugués, pero también y después las pequeñas contribuciones de los italianos, los franceses, los ingleses y los alemanes—, que se han mezclado tanto con las varias civilizaciones indígenas —principalmente la maya, la inca y la azteca—, como con los distintos grupos de la población negra, también diversos y venidos de varias partes y regiones del África⁹.

Y si esta mezcla y combinación constantes han producido a una civilización compleja, multicolor, de múltiples rostros y aristas, la han determinado también como una civilización más tolerante, con menos barreras hacia las diferencias étnicas, raciales, culturales, con menos fobias y filias nacionalistas, de grupo, de identidad que por

ejemplo el caso de la civilización europea. Lo que también se ha proyectado en el campo de los estudios históricos, constituyendo a la historiografía latinoamericana como una historiografía que lee y recibe todo, sin límites y sin fronteras, recuperando sin prejuicios y sin problemas a todas las corrientes, autores, obras, tendencias y perspectivas historiográficas venidas de los horizontes más disímiles¹⁰.

Entonces, frente al hecho de que Heidegger solo ha sido leído sistemáticamente en Francia gracias a Jean Paul Sartre y que Foucault solo es incorporado por los alemanes luego de ser criticado por Habermas, o que Nietzsche se vuelve popular y su obra es traducida completamente en francés gracias a su reivindicación por parte de Foucault y que Braudel solo será leído y discutido en Alemania luego de haberse vuelto *best-seller* en el mundo anglosajón, la historiografía latinoamericana hace en cambio gala de un universalismo y una apertura mucho mayores, traduciendo e incorporando a todos estos autores de manera más directa, temprana y sin mediaciones.

DE PERIODIZACIONES EUROPEAS Y LATINOAMERICANAS

Si nos aproximamos ahora a la curva global de la historiografía latinoamericana, entre 1870 y 1968, podemos reconocer dentro de ella tres claras etapas que la subdividen, etapas que en líneas generales *coinciden* prácticamente con la periodización correspondiente de la historiografía europea de esos mismos años, periodización que ade-

-
- 8 Sobre este punto, cfr. de Ricardo GARCIA CARCEL, "Prólogo", en el libro *Diez años de historiografía modernista*, Editorial de la Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 1997.
- 9 Para el tema del mestizaje cultural cfr. el libro de Tzvetan TODOROV, *La conquista de América. El problema del otro*, Editorial Siglo XXI, México, 1989, así como los trabajos de Bolívar ECHEVERRÍA, citados en la nota 4.
- 10 Para un desarrollo más amplio, cfr. Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, "Née en 1492 sur le nouveau continent" en *Espaces Temps*, núm. 59/60/61, París, 1995.

más no es exclusiva de la curva de esa historiografía europea sino que se refiere también a los momentos o coyunturas sociales generales de la propia historia de Europa durante estas mismas épocas. Lo que quiere decir, entonces, que los *ritmos generales* de la historia occidental son compartidos tanto por Europa como por América Latina, lo que lleva a ambas civilizaciones a acompañar sus curvas evolutivas de acuerdo a cortes mas o menos sincrónicos, y en temporalidades bastante similares. E igualmente, y de manera lógica, ello implica que las historiografías producidas en dichos espacios civilizatorios, se desplegaran y transformaran también de acuerdo a estos periodos específicos de las historias generales, periodos que resultan también válidos para la descomposición de los propios periplos recorridos por esos mismos estudios históricos tanto latinoamericanos como europeos.

De este modo, si observamos mas de cerca a la historiografía latinoamericana que aquí estamos analizando, podremos establecer una primera etapa que va desde aproximadamente 1870 hasta 1910/14 y que se corresponde con el nacimiento del modo de producción capitalista en distintos espacios de América Latina. Es el período final del 'largo siglo XIX' latinoamericano, marcado tanto por los primeros intentos orgánicos de industrialización, de mayor urbanización y de modernización de estas sociedades, como por la consolidación de los mapas nacionales del semicontinente —que delimitarán, *grosso modo*, las actuales fronteras de las naciones latinoamericanas—, y en el que se afirma la última etapa de las hegemonías europeas sobre las distintas áreas de América Latina.

Después una segunda etapa, que corre desde 1910/14 hasta 1945 y que es en muchos sentidos una etapa de transi-

ción. Se da entonces la sustitución de la hegemonía que Europa había ejercido sobre América Latina durante cuatro siglos por una nueva hegemonía ahora detenida por Estados Unidos, y esto en el contexto marcado por la crisis económica de 1929, el ascenso del nazismo, el fascismo y el franquismo en Europa, y la crisis profunda de la razón y de la civilización europeas desplegada entre las dos guerras mundiales¹¹. América Latina va a vivir entonces todos los impactos de estos profundos reacomodos mundiales, a la vez que el proceso interno de reorganización y primera modernización de sus propias estructuras sociales, acompañado del movimiento claro de sustitución de sus propias élites dirigentes.

Finalmente, la etapa que arranca desde 1945 y que se prolonga hasta 1968, marcando a Europa y a América Latina con los signos del auge económico y de la movilidad social ascendente, de una fuerte industrialización y de un crecimiento importante de los movimientos sociales integrados, lo que habrá de romperse finalmente, en América Latina, con la irrupción de la revolución cubana y con los impactos en todo el semicontinente de la enorme revolución cultural de 1968.

Como es posible observar, y como hemos ya señalado, es claro que estas fechas de la historia latinoamericana, que fijan tres claras coyunturas históricas, son también las fechas y las coyunturas principales de la historia europea y occidental. Coyunturas que se han reflejado, tanto en Europa como en América Latina, también en el plano de la cultura en general y de la historiografía en particular, determinando así el carácter específico del impacto de la historiografía francesa en América Latina que aquí intentamos explicar. Veamos enton-

11 Para un análisis de los efectos de esta crisis sobre la historiografía francesa y europea, cfr. Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, *Los Annales y la historiografía francesa. Tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, Editorial Quinto Sol, México, 1996.

ces, con mas detenimiento, esta periodización ya esbozada.

El período de 1870-1910 es, en América Latina, la etapa final de un accidentado y largo siglo XIX, caracterizado por múltiples conflictos políticos, por guerras civiles crónicas y por recurrentes golpes de estado, que se combinan a la vez con la emergencia lenta pero firme de sociedades claramente *capitalistas* como su telón de fondo. Último tercio del siglo XIX, en el que se acentúan los proyectos que intentan consolidar a las naciones latinoamericanas, delimitando fronteras y espacios nacionales precisos, creando sólidos mercados internos¹², y desarrollando y afianzando todo el conjunto de símbolos y ritos de la identidad nacional.

Esto hace que la historiografía de aquella época, aun no profesionalizada, y desarrollada mas por *amateurs* o por científicos venidos de otras disciplinas, sea una historiografía con vocación nacionalista y hasta cívica, que se pregunta por las raíces históricas de las identidades nacionales y por los itinerarios de gestas, logros y conquistas de los pueblos 'a través de los siglos', indagando sobre los valores específicos y característicos de cada país, mediante el examen de los grandes acontecimientos y los grandes momentos decisivos de una cierta área o región latinoamericana.

Y en ella, como en todo el conjunto de las ciencias sociales latinoamericanas de aquella época, la influencia decisiva es sin duda la influencia *francesa*, entonces derivada del positivismo de Augusto Comte y de sus discípulos. La visión positivista, aplica-

da a todos los campos del saber sobre lo social sirve de modelo para las élites políticas y culturales latinoamericanas, creando una 'escuela positivista' en México, definiendo el lema de la bandera brasileña hasta hoy vigente, y creando esas célebres generaciones de los 'afrancesados', que a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, están presentes a todo lo largo y ancho de los países del semicontinente¹³.

Así, será desde esta visión positivista de matriz francesa que va a comenzar a impulsarse, en América Latina, una historia metódica, basada en una rigurosa compilación y ordenación documentales, y apegada a la descripción rigurosa de los hechos y a la construcción de interpretaciones 'positivas' de los mismos, en tanto verídicas, exactas y que pretenden imitar dentro del ámbito de lo social, al modelo entonces en boga dentro de las ciencias naturales.

De este modo, el periodo de 1870 - 1910 puede considerarse como un periodo de *climax* de la influencia de la cultura francesa en América Latina. Lo que en alguna medida *parecería* contrastar —aunque como veremos después, se trata solo de una apariencia— con el hecho de que, entre 1870 y 1930 aproximadamente, en Europa, son mas bien la historiografía y las ciencias sociales germanoparlantes las que detentan una clara *hegemonía* sobre el resto no solo de esa misma Europa, sino incluso de todo el mundo occidental. Pues es claro que en estos tiempos, nueve de cada diez veces, es en Alemania o en Austria en donde se genera la innovación historiográfica, escenificándose los principales debates de la época

12 Para una caracterización mas amplia de esta coyuntura 1870-1910, ejemplificada para el caso mexicano, cfr. Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, "Mercado interno, guerra y revolución en México. 1870-1920" en *Revista mexicana de sociología*, año 52, núm. 2, México, 1990.

13 Sobre este punto, véase por ejemplo Emilia NOGUEIRA, "Algunos aspectos da influencia francesa em Sao Paulo na segunda metade do século XIX" en *Revista de Historia*, año IV, núm. 16, Sao Paulo, 1953; Leyla PERRONE-MOISES, "L'image de la France dans la littérature brésilienne (paradoxes du nationalisme)", en el libro *Imagens reciprocas do Brasil e da Franca*, tomo 1, Editorial IHEAL, París, 1991 o Luis ALBERTO SANCHEZ, *Valdelomar o la belle époque*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

y produciéndose las principales obras que en el campo de los estudios históricos tienen entonces relevancia.

Pero en América Latina esa hegemonía del mundo germano no llega directamente, sino solo filtrada a través de sus versiones o variantes francesas. Y así, mas que leer a Bernheim se lee a Langlois y Seignobos, y el positivismo que aquí impera en la historiografía, deriva mas de la aplicación del comtismo a la historia que de filiaciones directas con Ranke y con el positivismo alemán. Al haberse constituido, en esta época, el francés como 'lengua de cultura' de las élites culturales y políticas latinoamericanas, toda influencia europea pasa a través de su abarcante y entonces omnipresente espejo¹⁴.

Si el período de 1870-1910 puede considerarse entonces como un período de clímax y de máximo auge de la cultura francesa en América Latina, el período que habrá de sucederle, y que se desarrolla entre 1910 y 1945, será en cambio un claro *período de transición*. Etapa muy distinta a la que le precede que es, tanto en Europa como en América Latina, un período marcado por profundos cambios, por reacomodos radicales, por crisis diversas y yuxtapuestas, y por fenómenos culturales casi siempre de signo crítico y de una profunda creatividad.

Pues en Europa, este período de entre las dos guerras es a la vez el período de la crisis económica de 1929, del trágico ascenso al poder del nazismo, del fascismo y del franquismo, de la revolución rusa y de sus efectos en el mundo entero, y de la pérdida por parte de Europa de la hegemonía que construyó y que detentó sobre todo el planeta entre los siglos XVI y XIX, y que

hacia estas épocas va a pasar a manos de los Estados Unidos.

Y con todo ello, una *crisis profunda de la razón europea*, cuestionada tanto por el psicoanálisis freudiano como por la antropología crítica inglesa, por los varios aportes de los marxismos soviéticos, de la Escuela de Frankfurt y gramsciano como por los mismos *Annales d'Histoire Economique et Sociale* franceses¹⁵.

Entonces, mientras en la historiografía europea declina la hegemonía germana antes referida, y comienza a emerger la nueva hegemonía del hexágono francés que habrá de desplegarse aproximadamente entre 1930 y 1968, en América Latina se vive la ofensiva, económica, social y política, pero también cultural de los norteamericanos, que bajo el slogan mas que evidente de 'América para los (norte) americanos' tratan de sustituir a las influencias culturales europeas con el 'american way of life' y con el 'americanismo' cultural.

Y si esta ofensiva cultural norteamericana es en términos generales y en cuanto a una posible implantación positiva, bastante fallida —lo que se debe claramente al hecho de que la cultura norteamericana es sobre todo una cultura *técnica* sin una sólida tradición en el campo de la reflexión sobre lo social—, es en cambio mas exitosa en lo que se refiere a provocar una cierta retracción y reflujo de las influencias culturales europeas presentes en el semicontinente. Pues es bastante evidente que entre 1910 y 1945, y sobre todo comparado con las décadas inmediatas anteriores, la influencia francesa en América Latina decayó notablemente, dejando un vacío que entonces fue llenado tanto con elementos

14 Nos referimos al libro de C. LANGLOIS y C. SEIGNOBOS, *Introducción a los estudios históricos*, Editorial La Pléyade, Buenos Aires, 1972. Sobre esta adaptación del positivismo en América Latina, véase para el ejemplo argentino el libro de Diana QUATTROCCHI-WOISSON, *Un nacionalismo de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire*, Edición del CNRS, París, 1992.

15 Lo que se expresa claramente, entre muchas otras manifestaciones, en la crítica radical de la noción o idea de progreso, crítica que está en el corazón del proyecto de toda la Escuela de Frankfurt. Véase, por citar solo un ejemplo, de Walter BENJAMIN, *Essais 1 y Essais 2*, Editorial Denoel, París, 1983.

mas autóctonos, como con otras influencias diversas.

Porque es claro que, como fruto de los efectos producidos, en toda América Latina, por los procesos globales que culminan, entre otras muchas expresiones, en la revolución mexicana, y del impacto de esta última en todo el semicontinente —revolución que por ejemplo, le otorgó a México el rol de ‘líder’ en Latinoamérica durante toda la primera mitad del siglo XX y hasta la emergencia de la revolución cubana—, se ha producido una profunda ebullición y acelerada actividad cultural que se expresa lo mismo en el movimiento modernista brasileño, que en la fundación de revistas, editoriales y grupos de sociabilidad intelectual mexicanos, en el florecimiento de las tertulias y de los grupos de renovación cultural peruanos o en el crecimiento y propagación de proyectos y grupos innovadores en las universidades argentinas¹⁶.

Procesos complejos de cambios y reajustes profundos que también van a impactar a la historiografía latinoamericana de este período. Ya que con la sola excepción de Brasil, en toda América Latina se vive, después de la primera guerra mundial, un claro proceso de repliegue de la influencia francesa a nivel cultural, repliegue que al acompañarse de una intensa actividad cultural en toda América Latina, va a permitir el florecimiento coyuntural de otras influencias europeas y de otros fenómenos intelectuales mas autóctonos.

Así, mientras en el resto del semicontinente, la presencia cultural del hexágono francés se eclipsa y disminuye en medida importante, en Brasil se fundan las Universidades de Sao Paulo y de Rio de Janeiro, que convocan a sendas ‘Misiones Francesas’ para ayudar a darle un fuerte impulso inicial a sus distintas carreras de ciencias sociales entonces nacies, a la vez que para hacer posible, entre otros objetivos, el de la real profesionalización de sus estudios históricos, el de la implantación oficial y definitiva de la profesión y el oficio de historiador. Y así, junto a gentes como Roger Bastide, François Perroux, Pierre Monbeig o Claude Levi-Strauss que han fecundado otros campos y disciplinas sociales del universo brasileño de esos años treinta, los brasileños van a recibir también las enseñanzas de Emile Coonaert, Henri Hauser o Fernand Braudel dentro del terreno específico de la historia. Lo que entonces, va a sembrar una semilla o ‘germen’ que tal vez explica el hecho de que en la actualidad, es precisamente Brasil el país *mas receptivo* dentro de toda América Latina en relación a los aportes y a las innovaciones diversas generadas por el pensamiento social francés contemporáneo¹⁷.

El caso de México, en cambio y a diferencia del de Brasil, es mucho mas característico de la tendencia general de este período. Aquí, luego del fin de la primera guerra mundial y de la Revolución Mexicana, ha comenzado un proceso de enorme e inten-

16 Sobre este punto cfr. de Carlos GUILHERME MOTA, *Ideología da cultura brasileira 1933-1974*, Editorial Atica, Sao Paulo, 1990, de Manuel BURGA, “Los Annales y la historiografía peruana. 1960-1990. Mitos y realidades” en *Eslabones*, núm. 7, México, 1994, de Jesús SILVA HERZOG, *Una vida en la vida de México*, Editorial Siglo XXI, México, 1993, de Víctor DÍAZ ARCINIEGA, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1994)*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1994, así como el libro de Diana QUATTROCCHI-WOISSON citado en la nota 14 y el artículo de Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, citado en la nota 5.

17 Cfr. María Elena ROLIM CAPELATO y María Ligia COHELO PRADO, “A l’origine de la collaboration universitaire franco-brésilienne: une mission française à la Faculté de Philosophie de Sao Paulo” en *Prefaces*, núm. 14, 1989, Jean-Paul LEFEBVRE, “Les professeurs français des missions universitaires au Brésil (1934-1944)” en *Cahiers du Brésil Contemporain*, num. 12, Sonia María DE FREITAS, *Reminiscências*, Editora Maltese, Sao Paulo, 1993 y Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, “Fernand Braudel, América Latina y Brasil” en *Eslabones*, num. 7, México, 1994.

sa actividad cultural, que además de incorporar dentro de las esferas tradicionalmente consideradas de la 'alta cultura', a segmentos, temas, motivos y desarrollos enteros de la cultura popular, se acompaña también de un relanzamiento importante de la alfabetización masiva y de una difusión mucho mas popular de ciertos elementos de la cultura universal¹⁸.

Florecen entonces las editoriales, las nuevas revistas, los grupos académicos y culturales, al mismo ritmo en que se engrosa la matrícula de las Universidades, los intercambios culturales con el exterior y la fundación de nuevos Institutos, de Sociedades de Estudios y de Asociaciones de Profesionistas diversos.

Y es en este contexto, de renacimiento cultural intenso, que llega a México todo el aporte de la emigración española republicana, obligada a abandonar España por el ascenso de Franco, y que traerá a México, entre muchas otras cosas, a todo un conjunto de autores, tendencias, e influencias alemanas y germanas. Ya que han sido los profesores españoles de la emigración los que han constituido el vehículo de mediación para esta difusión importante de la historiografía de matriz germánica que, primero a través de sus cursos, y luego mediante las propias traducciones de los textos originales al castellano, se ha desarrollado desde estos años treinta en América Latina. Pues junto a las enseñanzas de Heidegger, de Marx o de Hegel, también se han traducido y propagado los aportes y los trabajos de Ranke, de Mommsen, de Friedlander, de Burkhardt, de Meinecke, de Max Weber, de Werner Sombart, de Alphons Dopsch, de Alfred Weber y de Wilhelm Dilthey.

Vinculándose directamente con el grupo mexicano de la revista *Cuadernos Americanos* —el grupo mas activo e importante dentro de la cultura mexicana de los años treinta, cuarenta y cincuenta—, estos emigrados españoles han hecho publicar en la editorial Fondo de Cultura Económica a todos esos autores alemanes y austríacos mencionados, lo que ha permitido el desarrollo de una influencia directa y no filtrada de esa rica historiografía germana no solo en México sino en toda América Latina¹⁹.

Combinando entonces esta coyuntural pero importante presencia de la historiografía germana, con la retracción general de la influencia cultural francesa, y con la intensa y multiforme explosión cultural de las propias sociedades latinoamericanas, este segundo período comienza a afirmar las bases de la progresiva profesionalización de la disciplina histórica en todo el semicontinente, profesionalización que arranca en Argentina, desde comienzos del siglo, para ser luego secundada por Brasil en los años treinta y por México en los años cuarenta, a lo que seguirán, un poco mas tardíamente, el resto de los países latinoamericanos.

Segundo período de entre las dos guerras mundiales, que va a concluir con los cambios que provoca en el mundo entero la segunda guerra mundial, para dar entonces paso a una nueva coyuntura cultural, que comienza en 1945 y que cubre todos los años de la inmediata segunda posguerra, para cerrarse solamente con la importante revolución cultural, de escala y efectos planetarios, de 1968. Una última coyuntura de 1945-1968, que al considerarla en conjunto con las dos coyunturas antes esbozadas, nos permite hacer evidentes de manera mas clara, a las *tendencias estructura-*

18 Sobre este punto cfr. Carlos MONSIVAIS, "La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la revolución mexicana" en *Historias*, núm. 8-9, México, 1985.

19 Sobre esa migración española a México y sobre su papel en la cultura mexicana cfr. Clara E. LIDA, *La Casa de España en México*, Edición de El Colegio de México, México, 1992 y e libro de Víctor DIAZ ARCINIEGA, citado en la nota 16.

les de larga duración que subyacen a los procesos que aquí analizamos.

Esta coyuntura de los cinco lustros subsiguientes a la segunda guerra mundial es, como es bien sabido, y una vez más tanto en Europa como en América Latina, una coyuntura que en el plano económico es de tipo expansiva, marcada por el fuerte crecimiento y la recuperación económicas, por la acelerada reconstrucción europea impulsada por el Plan Marshall y por todos esos fenómenos similares que nos dan, lo mismo el 'milagro japonés' que los 'treinta años gloriosos' de la economía francesa, igual que la época dorada del 'desarrollo estabilizador' mexicano y el gran salto adelante de la industrialización brasileña, que provocó incluso la connotación del mismo como un 'subimperialismo brasileño'²⁰.

Una coyuntura donde el crecimiento económico y la industrialización rápida, se han combinado también con una intensa movilidad social ascendente, para producir así el escenario general de ciertos cambios igualmente importantes dentro de la esfera cultural. Pues es en esta coyuntura de la segunda posguerra, cuando en Europa se eclipsa definitivamente la antigua hegemonía de la cultura germana, para ceder entonces el puesto a la nueva dominación cultural de matriz francesa. Y así, al paso que se popularizan los estudios estadísticos y la cuantificación de todos los fenómenos sociales, se afirman también, desde la plataforma cultural del hexágono francés, tanto las múltiples olas del estructuralismo dentro de las ciencias sociales, como también las diversas variedades del marxismo mediterráneo, igualmente detectables tanto en la historia y la economía, como en la filosofía y la lingüística, pero también en el psicoa-

nálisis y la ciencia política, como en el derecho y la antropología²¹.

Mientras tanto, América Latina, sumergida también en las transformaciones que derivan de la expansión económica y del constante ascenso social de los distintos grupos y clases sociales que la conforman, va a escenificar los grandes debates y las grandes contribuciones de las escuelas desarrollistas y dependentistas, que reproblematican de una manera crítica y a veces muy original, el estatuto justamente periférico y dependiente de las distintas sociedades del semicontinente, extrayendo de estas caracterizaciones diversas, interesantes aportes respecto de la explicación particular de la historia concreta de la civilización de América Latina, durante sus últimos cinco siglos de vida.

Al mismo tiempo, y más en el plano de la cultura y de la historiografía, estos cinco lustros serán lustros en que desaparecerá, en términos generales, la fracasada ofensiva norteamericana por imponer el 'americanismo' cultural, lo que entonces abrirá nuevamente las puertas a una renovada y muy enérgica iniciativa de relanzamiento de la cultura francesa en Latinoamérica.

Porque en 1944 se funda en la ciudad de México el Instituto Francés de América Latina, el que en 1945 es secundado por el nacimiento del Instituto Francés de Port au Prince, en Haití, y en 1947 por el lanzamiento del Instituto Francés de Santiago de Chile. Y todavía, al año siguiente, va a fundarse en Lima el Instituto Francés de Estudios Andinos, dando rápidamente origen, además, a dos importantes y activas antenas complementarias con sede en Ecuador y en Bolivia. Todo un conjunto entonces de

20 Al respecto cfr. el libro, coordinado por Terence K. HOPKINS e Immanuel WALLERSTEIN, *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, Editorial Zed Books, New Jersey, 1996.

21 Al respecto cfr. Francois DOSSE, *Histoire du Structuralisme*, 2 tomos, Editorial La Découverte, París, 1991 y 1992 y Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, "El legado intelectual de los Annales braudelianos. 1956-1968" en el libro *Braudel a Debate*, Coedición Fondo editorial Tropykos/Fondo editorial Buría, Caracas, 1998.

enérgicas iniciativas de creación de estos Institutos en América Latina, por parte del gobierno francés, cuya función declarada será la de construir los marcos *institucionales* para un nuevo relanzamiento de la cultura francesa dentro de las distintas atmósferas culturales latinoamericanas²².

Relanzamiento que se expresará, en primer lugar, en la multiplicación de traducciones y ediciones de autores franceses y francoparlantes en castellano. Pues es en estos años de 1945-1968 que se publican, por ejemplo, las tempranas traducciones de la *Apologie pour l'Histoire* de Marc Bloch o de *La méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* de Fernand Braudel, editadas en México por el Fondo de Cultura Económica, en 1952 y 1953, respectivamente. Y así, siguiendo la ruta iniciada con las traducciones de las obras del gran historiador belga Henri Pirenne, que son la *Historia Económica y Social de la Edad Media*, publicada ya en 1939, y la *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, editada en 1942, van también a traducirse y publicarse en castellano el *Martín Lutero*, de Lucien Febvre, en 1956, y prácticamente todos los textos entonces disponibles de la colección de 'La Evolución de la Humanidad' dirigida por Henri Berr, que son editados en México por la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, en los años cincuenta y sesenta, y que incluyen, entre otros trabajos, el de *La Sociedad Fendal*, de Marc Bloch, *La síntesis en la historia*, del propio Henri Berr, o *El problema de la incredulidad religiosa en el siglo XVI. La religión de Rabalais*, de Lucien Febvre.

Toda una serie de traducciones y de publicaciones de autores francoparlantes, que se acompaña con las visitas reiteradas

de varios de ellos a los países del semicontinente: así, y por mencionar solamente a los mismos autores ya citados, resulta interesante comprobar que Lucien Febvre ha estado en Brasil, durante tres meses, en el último trimestre de 1949, para visitar luego México en 1950, mientras que Fernand Braudel hará una estancia de trabajo en Brasil, en 1947, de cinco meses, visitando también, dentro de ese período, Argentina, para retornar igualmente durante un trimestre en 1953, dando conferencias y reanudando vínculos académicos importantes, en México, Perú, Chile y Brasil²³.

Visitas y traducciones que, además, van a acompañarse claramente con un complementario incremento, muy significativo, del número de latinoamericanos que entonces se aplican seriamente en el aprendizaje y en el verdadero dominio de la lengua de Balzac y de Andre Malraux.

Y todo ello, como un proceso que resulta ser paralelo a las propias tendencias internas de América Latina, en cuanto a las transformaciones de su historiografía, la que entonces afianza y consolida el proceso de profesionalización de la disciplina histórica, dentro de los países más desarrollados del subcontinente —Argentina, Brasil, México y Perú—, a la vez que comienza a crear las condiciones de esa misma profesionalización en el resto de todo el espacio latinoamericano. Multiplicando entonces, progresivamente, las Escuelas de Historia, las Cátedras de Introducción a la Historia dentro de las otras carreras de ciencias sociales, y todo el aparato de organización de los archivos y de creación de nuevos museos históricos, América Latina se incorpora rápidamente a las condiciones generales que presupone el ejerci-

22 Cfr. el libro de Jacques CHONCHOL y Guy MARTINIERE, *L'Amérique Latine et le Latinoaméricanisme en France*, Editorial L'Harmattan, París, 1985 y de Francoise BATAILLON y Francois GIRAUD, *IFAL. 1945-1985*, Edición del IFAL, México, 1986.

23 Sobre este punto cfr. Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, *Los Annales y la historiografía latinoamericana*, Editorial UNAM, México, 1993.

cio moderno y mas orgánico del oficio de historiador²⁴.

Al mismo tiempo, y siempre muy vinculados a estos procesos descritos de legitimación social de la disciplina histórica, se consolidan también esos grupos de vanguardia en cuanto a la innovación historiográfica, e incluso en cuanto a la innovación en ciencias sociales, que van a construir verdaderas redes de sociabilidad intelectual, que marcaran de una manera fundamental a las culturas de varios de los países de Latinoamérica, en esa coyuntura de 1945-1968. Y entonces, serán justamente los grupos de la revista *Cuadernos Americanos* en México, de la *Revista de Historia* en Brasil, de la 'Sociedad de Estudios Históricos' en el Perú, y de la revista *Imago Mundi* en Argentina, los grupos que al mismo tiempo que invitan, reciben y organizan las actividades académicas de los intelectuales franceses antes mencionados, inciden también en los principales proyectos e intentos de revolucionamiento radical de los estudios históricos en sus respectivos países.

Grupos o redes de sociabilidad que, en general, han tenido un perfil mas bien progresista desde el punto de vista político, desarrollando claras posiciones críticas, antiautoritarias y de izquierda, a la vez que se mantenían con una clara vocación cosmopolita y con una abierta sensibilidad particular hacia los aportes de la cultura francesa de la época. Y grupos que además, han sabido proyectar su influencia más allá de las fronteras de sus países de origen, lo que en el caso particular del grupo mexicano de

la revista *Cuadernos Americanos* se ha convertido incluso en una presencia de claras dimensiones y amplitud latinoamericanas²⁵.

HACIA UNA EXPLICACIÓN GENERAL

Si analizamos desde una perspectiva temporal mas amplia, las principales curvas evolutivas de la historiografía latinoamericana de los últimos ciento cincuenta años, podremos fácilmente constatar que en su interior, la influencia que se revela como la mas duradera, persistente, sistemática y profunda es la influencia ejercida por la cultura y la historiografía francesas. Una influencia reiterada y constantemente renovada que además, rebasa el solo ámbito historiográfico para proyectarse también en una parte importante del conjunto de las ciencias sociales, e incluso en ciertos casos, también de las artes y de las humanidades.

Una influencia y presencia fundamentales, que por lo demás remontan claramente a la fecha decisiva de 1789, y a los efectos mundiales que ha tenido el gran movimiento de la revolución francesa. Porque es después de esta revolución, que en toda América Latina ha comenzado a funcionar la cultura del hexágono francés como un referente fundamental de todas las élites políticas y culturales latinoamericanas, definiendo entonces a las influencias galas como el horizonte general mas relevante dentro de todos aquellos venidos del exterior de nuestro semicontinente, y ajenos a los elementos constitutivos

24 Sobre este punto cfr. Pedro MOACYR CAMPOS, "O estudo da historia na Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de Sao Paulo" en *Revista de Historia*, año V, núm. 18, Sao Paulo, 1954, Clara E. LIDA y José A. MATESANZ, *El Colegio de México: una hazaña cultural. 1940-1962*, Edición de El Colegio de México, México, 1993, el libro de Diana QUATTROCCHI-WOISSON citado en la nota 14 y todos los artículos de Juan Carlos KOROL, Manuel BURGA, Marcia MANSOR D'ALESSIO, Antonio GARCIA DE LEON y Edelberto CIFUENTES, incluidos en *Eslabones*, num. 7, México, 1994.

25 Sobre esto véase Emmanuel CARBALLO, "Entrevista con Jesús Silva Herzog. Cuadernos Americanos defiende la libertad de pensar y actuar" en *La Gaceta*, año V, núm. 48, agosto de 1958 y el libro de Jesús SILVA HERZOG, citado en la nota 16.

de las matrices que han compuesto a nuestra cultura mestiza.

Influencia francesa que si bien es entonces, un trazo característico general de la cultura latinoamericana, no se despliega dentro de esta última sin embargo, como ya hemos visto antes, de una manera directa y lineal, sino mas bien de manera cíclica, irregular y en una curva llena de desfasas, de ascensos y de reflujos, de relanzamientos diversos, alternados con eclipsamientos evidentes.

Movimientos de acompasados auges y de sucesivos retraimientos de la presencia francesa en América Latina, que se ejemplifican muy claramente en estas tres coyunturas de los años 1870-1910/1910-1945/1945-1968 que antes hemos referido. Y que dibujan entonces como su resultado último, a esta clara asimilación de las influencias francesas, como a una de las *estructuras de larga duración de la cultura latinoamericana* de las últimas dos centurias.

Arquitectura de larga duración de nuestra América Latina —que se denuncia incluso en el hecho de que el propio término de 'América Latina' es también una invención francesa, que en el origen tenía un claro matiz colonialista por parte de Francia, pero que con el tiempo ha mutado radicalmente de sentido, para connotar ahora una clara vocación antiimperialista de nuestra civilización— que en nuestra opinión se explica por la matriz de la parte europea *originaria* que confluye en el mestizaje complejo que crea a la civilización de América Latina, y que es una matriz hispana y portuguesa, y en consecuencia, un componente de carácter claramente *mediterráneo*, europeo-mediterráneo.

Ya que Europa es, desde el punto de vista de su definición como civilización, en

realidad dos Europas, coexistentes pero siempre diferentes, tal y como lo ha explicado claramente Fernand Braudel. Dos Europas que dialogan y que se oponen permanentemente, a la vez que se presuponen y complementan recíprocamente con la misma persistencia²⁶.

De un lado, una primera Europa mediterránea, la mas antigua, del vino y del olivo, del arado ligero y de la ropa de lino, de las casas de piedra y del lujo expansivo, que es también la Europa de la cultura y del discurso floridos y reiterativos, de la visión mas empirista y de la construcción mas colectiva y mediada de los productos culturales. Una primera Europa de la sensibilidad cultural mediterránea de larga duración, que a lo largo de los siglos de vida de la civilización europea se ha visto siempre confrontada, y siempre distinta frente a la segunda Europa de los espacios septentrionales, una Europa nórdica, mas joven que la primera, que será también la Europa de la cerveza y de la mantequilla, del arado pesado y de la ropa de lana, de las casas de madera y del consumo administrado y medido, pero también del discurso y de la cultura mas austeros y mas económicos en su argumentación, de la visión mas filosófica y de la construcción mas personal y directa de la obra cultural.

Dos Europas presentes a lo largo de la curva mas que milenaria de la historia europea, que han 'cruzado el océano Atlántico' para reproducir y duplicar en alguna medida su propia oposición y su propia fractura, diferenciando también a la América del norte del Río Bravo —con la sola excepción del Quebec francés—, América de origen nordeuropeo, y por lo tanto mas cercana a la cultura de esa Europa septentrional, frente a la América Latina de matriz

26 Sobre este punto, fundamental aunque aun poco desarrollado, cfr. Fernand BRAUDEL, *Grammaire des civilisations*, Editorial Arthaud-Flammariion, París, 1987 y "En France, le refus de la Réforme" en el libro *Les Ecrits de Fernand Braudel. Les Ambitions de l'histoire*, Editorial De Fallois, París, 1997; Norbert ELIAS, *El proceso de la civilización*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1989 y Georges SIMMEL, *Philosophie de la modernité*, Editorial Payot, París, vol. 1, 1989, vol. 2, 1990.

hispanoportuguesa, y en consecuencia, mucho mas deudora de los trazos, aportes y desarrollos de la cultura de la Europa mediterránea.

Y puesto que dentro de esa cultura del mundo europeo-mediterráneo, Francia ha tenido, en los últimos tres siglos, un claro rol preponderante e ineludible, entonces resulta también explicable el igualmente relevante papel que esa cultura del hexágono francés ha desplegado dentro de América Latina, en el período que corre desde la revolución francesa hasta nuestros días.

Pero si la influencia de la cultura francesa es un fenómeno de larga duración dentro de la cultura, y mas específicamente, dentro de la historiografía latinoamericana, también es cierto que estas últimas se caracterizan, como ya hemos señalado antes, por un *cosmopolitismo* profundo. Y entonces, al mismo tiempo que a los aportes venidos del hexágono francés, la historiografía del semicontinente ha estado siempre *abierta* a la recepción de otras influencias culturales, que si bien han sido mas limitadas en términos de su difusión geográfica, o mas puntuales en cuanto a su impacto temporal, no han dejado sin embargo de estar presentes y de ocupar un cierto lugar dentro de la historia de la cultura y la historia de la historiografía de América Latina.

Teniendo entonces un carácter menos persistente o continuo, mas limitado solo a una o a unas determinadas coyunturas culturales, o mas específico de una sola nación o región latinoamericanas, podemos reconocer, como posibles ejemplos de estas influencias, a la difusión importante de la historiografía alemana en el México de los años treinta, y luego, aunque en menor medida, en la América Latina de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. O también la presen-

cia, referida sobre todo a historias demasiado sesgadamente nacionales —y por lo tanto, carentes de una visión mas globalizante de los procesos y los hechos históricos que estudian— pero que ha cobrado recientemente cierta difusión, de la historiografía norteamericana sobre los distintos países de América Latina, historiografía producida sobre todo después de la gran ruptura cultural de 1968.

O también la influencia, igualmente propia de la coyuntura 1968/1989 (27), de la historiografía británica de tipo marxista, que acompañando a la mas general y amplia difusión del marxismo en toda América Latina, y dentro de todas las ciencias sociales de la época, ha popularizado en estos años setenta y ochenta, las obras y los trabajos de Eric Hobsbawm, de Rodney Hilton, de Perry Anderson o de Edward P. Thompson, entre muchos otros. O también, y finalmente, la muy reciente popularización, que una vez mas arranca desde Brasil, México y Argentina, para rápidamente expandirse a todo el semicontinente, de los aportes de la microhistoria italiana, que luego de la fecha de 1989 comenzaran a encontrar un fuerte eco dentro de los espacios historiográficos de toda Latinoamérica.

De este modo, el mapa complejo de las influencias culturales e historiográficas que han impactado a América Latina, se construye con múltiples piezas y elementos, que dejan resaltar a una línea *dominante* que es la de la cultura y la historiografía francesa, junto a todo un abanico de líneas paralelas, no dominantes pero si presentes de manera relevante, de influencias alemanas, británicas, italianas o norteamericanas, entre otras varias.

Igualmente, resulta interesante comprobar, desde una visión general de todo este periplo recorrido por la historiografía lati-

27 Para un análisis mas desarrollado de los trazos generales de esta coyuntura, que rebasa el período aquí considerado, cfr. Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, "Synchronisation et désynchronisation des mouvements historiques: un essai d'explication braudélienne de la rupture historique de 1989" en *Social Science Information. Information sur les sciences sociales*, vol. 35, núm. 4, 1996.

noamericana durante los años de 1870 - 1968, el carácter mas bien *singular* de la coyuntura intermedia de 1910-1945, determinada como ya hemos visto, como una coyuntura o período de transición. Y en consecuencia, como una coyuntura en la que se hacen evidentes, de manera mas nítida, los contrastes y diferencias entre influencias mas locales o particulares y otras influencias mas permanentes y generales, es decir entre influencias dominantes y otras tendencias y presencias paralelas, pero también, lo que no es lo menos importante, algunos de los rasgos de producciones o intentos mas autóctonos y mas específicamente latinoamericanos de desarrollo de los estudios históricos.

Pues junto al eclipsamiento coyuntural de la influencia francesa, al florecimiento también circunscrito de la historiografía alemana —que en esa época pasa directamente y sin el ‘filtro’ francés—, y al fallido intento norteamericano, va a desplegarse también, durante estos años intermedios entre la primera y la segunda guerra mundiales, una *intensa ebullición cultural latinoamericana*, que ameritaría ser estudiada e investigada con mas cuidado y que lo mismo se expresará en el original y muy creativo intento de interpretación histórica característico del marxismo de José Carlos Mariátegui²⁸, que en los fuertes debates acerca de la posible ‘identidad’ o de la ‘falsa realidad’ de una civilización específica de América Latina, y mas tardíamente, en los intentos de respuesta a la pregunta sobre un posible ‘ser’ del mexicano, de la ‘brasilianización’ de los estudios históricos, o de la búsqueda de una filosofía singularmente latinoamericana.

Y todo ello dentro de un horizonte que a la vez que revela el carácter profundamente *occidental* de la América Latina —llamada acertadamente, por algún autor reciente, el ‘extremo occidente’—, muestra igualmente su especificidad como civilización nueva, joven, mestiza y cosmopolita.

Lo que implica que si bien América Latina asume sin conflicto su componente o fuente ‘occidental’, trata a la vez de proponerle a ese mismo occidente una salida superadora para su crisis histórica actual. Pero se trata entonces de una superación que no se da por el lado del ‘abandono’ o de la simple ‘negación’ de ese camino occidental, sino por el contrario, por la clara vía de su asunción integral y luego de su ulterior *radicalización*, es decir, de su real superación desde su interior y con las mismas armas y elementos que ese occidente ha forjado en los últimos ciento cincuenta años de su historia, y que son las armas y elementos de la *razón crítica y radical* contemporáneas.

Finalmente, si salimos un poco del período que aquí hemos abordado, para acercarnos mas a la situación contemporánea, tendríamos que partir de una consideración clara de los enormes impactos culturales que ha tenido la importante revolución cultural de 1968²⁹. Y entonces resultará evidente que dicha revolución cultural, de clara difusión *planetaria* y con evidentes efectos de orden *civilizatorio*, ha terminado con muchas de las formas de funcionamiento de los principales mecanismos de la reproducción cultural que tuvieron vigencia, aproximadamente, entre 1870 y esa misma fecha de 1968. Pues al incidir sobre todo en los es-

28 Sobre este punto cfr. Oscar TERAN, *Discutir Mariátegui*, Edición de la Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1985 y el libro coordinado por José ARICO, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Editorial de Pasado y Presente, México, 1980.

29 Sobre los efectos y la caracterización de esta revolución cultural de 1968, cfr. Immanuel WALLERSTEIN, “1968, revolution in the world-system: theses and queries” en *Theory and Society*, vol. XVIII, num. 4, 1989, Fernand BRAUDEL, “Renacimiento, Reforma, 1968. (Entrevista)” en *La Jornada Semanal*, núm. 226, México, octubre de 1993, Francois DOSSE, “Mai 68: les effets de l’Histoire sur l’histoire” en *Cahiers de l’IHTP*, núm. 11, París, 1989 y Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS, “1968: La gran ruptura”, en *La Jornada Semanal*, núm. 225, México, octubre de 1993.

pacios principales dentro de los cuales se genera, procesa, transmite y reproduce la cultura de las sociedades modernas —es decir, sobre las estructuras de funcionamiento de la familia, de la escuela y de los medios de comunicación—, el gran movimiento simbolizado en la fecha emblemática de 1968, ha terminado por trastocar también de raíz a todo el vasto abanico de las ciencias sociales, y en consecuencia, al ámbito entero de los estudios históricos contemporáneos de todo el planeta.

Y entonces, lo que se ha terminado en 1968, en la historiografía occidental y mundial, es ese viejo modelo de centro y periferias, que otorgaba a una historiografía nacional o regional la hegemonía en cuanto a la innovación historiográfica y a la revolución de los modos de ejercer el oficio de historiador, mientras colocaba al resto de las historiografías en una posición mas bien de asimilación o de recuperación de los desarrollos de esa historiografía hegemónica. Una recuperación que si bien podía ser matizada, diversa, específica e incluso hasta crítica, se desplegaba sin embargo dentro de este flujo unilateral que partía siempre del espacio hegemónico hacia las restantes atmósferas o ámbitos historiográficos.

Con lo cual, si entre 1870 y 1930 la hegemonía historiográfica le ha pertenecido en general al mundo germanoparlante, y entre 1930 y 1968 esta ha sido detentada por el hexágono francés, después de 1968,

en cambio, *no existe más una nueva hegemonía historiográfica*. Porque hoy, y desde hace ya tres décadas, son tan importantes dentro de los estudios históricos contemporáneos, lo mismo los aportes de la tercera y la cuarta generación de los Annales franceses, o las distintas líneas de la *microhistoria* italiana, como los desarrollos de la *Neue Sozial Geschichte* alemana o la contribución de la *History Workshop* británica.

Pero igualmente son importantes y profundamente innovadores la antropología histórica rusa, la historia crítica norteamericana, la nueva historia institucional portuguesa o la floreciente historia regional latinoamericana de los últimos seis lustros. Lo que quiere decir que después de 1968, hemos entrado a una *nueva configuración del modo de funcionamiento* de los estudios históricos en el occidente y en el mundo, configuración caracterizada por una intensa y cada vez mas variada *pluralización y multiplicación* de los centros de la innovación historiográfica, y por la apertura de un nuevo aunque todavía frágil espacio de diálogo plural y de intercambio recíproco entre todas las historiografías nacionales y regionales del planeta.

Una nueva situación historiográfica mundial que constituye entonces, justamente, el escenario en el que habrán de plantearse y de resolverse, los desafíos actuales mas importantes que la historiografía latinoamericana habrá de enfrentar en los próximos años por venir.

